

habia sido ménos austera y sus costumbres mas libres, Caton, que habia recibido de la naturaleza una severidad inflexible, sostenida por una constancia heroica; Caton que habia mostrado siempre tanta firmeza en sus principios y en sus deberes, Caton debió morir ántes que soportar la vista de un tirano. ¹

Hay pues, una moral para Caton y otra para Bruto, y con mas razon para Marco Tulio. Indudablemente habrá otra para Octavio: de manera que al conceder á sus colegas la cabeza de Ciceron, ¿no podria decirse que él tambien era fiel á su carácter?

Extraña inconsecuencia! Ciceron, en otra de sus obras, habia adoptado la hermosa doctrina de Sócrates contra el suicidio, y evocado la sombra augusta del gran Scipion al proferir estas profundas y graves palabras que se dirigen á su nieto: «Es de tu deber, oh Publio, lo mismo que de todos los hombres religiosos, conservar á esta alma el cuerpo que la encierra; ninguno de vosotros puede salir de esta vida mortal, sin órden de aquel que os la ha concedido: proceder de otra suerte, oh hombres, seria sustraeros al deber que os ha impuesto el mismo Dios.»

Pero ¿á qué hablar de la inconsecuencia de Ciceron? ¿No está acaso en el *Phedon* contenida esta doctrina de Sócrates? Y sin embargo, despues de haber leído el *Phedon*, se desgarró Caton las entrañas! Calculad por esto la eficacia de la moral filosófica en la antigüedad y el imperio que ejercia en las conciencias. A pesar de tener á Sócrates por doctor y á Platon por órgano, he ahí de qué manera es interpretada por Ciceron y puesta por Caton en práctica. Es verdad que el genio y la

¹ De officiis, L. I. cap. XXXI.

humana sabiduría de que ellos son los ilustres representantes, no podian sufrir mas vergonzosa derrota ni dejarnos un testimonio mas grandioso de su impotencia que solo nuestro orgullo se resiste á confesar.

Y no se crea que hemos concluido con las contradicciones de Ciceron, ni con las inconsecuencias en que incurre, tratándose de tan delicada materia. Felizmente podriamos citar otras obras suyas en que interpreta la ley de diverso modo.

En el tratado de los *Bienes y los Males*, hace al sabio por boca de Caton, único juez competente en punto á las razones que hay para permanecer en esta vida ó salir de ella, lo cual debe decidirse por la mayor suma de cosas conformes ó contrarias á la naturaleza. ¹ En las *Tusculanas*, Ciceron examina tambien la conducta de Caton, y no vacila en comparar su muerte á la de Sócrates suponiendo que uno y otro no han hecho mas que cumplir con la voluntad de Dios que les era manifiesta. «Caton, dice, ha muerto en tal situacion de espíritu, que era para él un motivo de júbilo haber hallado ocasion de dejar la vida; porque ese Dios que reina en nuestro sér no quiere que le dejemos sin órden suya. Mas cuando él mismo nos presenta una causa legitima, como en otro tiempo á Sócrates, despues á Caton, y á menudo á tantos otros, un hombre sabio debe en verdad salir lleno de regocijo de las tinieblas para conquistar la mansion de la luz. Al quebrantar las cadenas que le tienen cautivo en la tierra, no lo hará por infringir las

¹ In quo enim plura sunt quæ secundum naturam sunt, hujus officium est in vita manere; in quo autem sunt plura contraria, aut fore videntur, hujus officium est e vita excedere. E quo apparet, et sapientis esse aliquando officium excedere e vita, quum beatus sit; et stulti, manere in vita, quum sit miser." (De finibus bonorum et malorum, l. III, cap. XXXVIII.)

leyes que se lo prohíben, sino porque al ser llamado por un Dios, es como si el magistrado ó cualquier otro poder legítimo le abriese las puertas de una cárcel.»¹
 ¡Doctrina asaz cómoda para quien está cansado de vivir!
 ¿Podría así faltar alguna vez el motivo legítimo para dejar la vida?

Aplicad estos principios, aplicad la singular teoría formulada en el Tratado *de los Deberes*, á cualquiera circunstancia de esas en que el hombre se halla frente á frente de una obligacion penosa; y yo os pregunto: ¿habrá ocasion en que le falten razones para dejar de cumplirla? Con un tanto de sutileza en el espíritu ¿qué queda de toda esta moral? ¿Creeis con seriedad que es esto bastante para establecer el reinado de la virtud, para hacernos prudentes, sobrios, justos, magnánimos, dignos en suma de aquel hermoso ideal de la honradez que excitaba en el alma de Ciceron tales trasportes de amor?

En resúmen, el exámen que acabamos de hacer nos muestra, al lado de un respeto profundo al derecho y de un sincero amor á la justicia, una grande incertidumbre respecto de las verdades que interesan en el mas alto grado á la conciencia humana y que son el fundamento de toda moral; excelentes reglas de conducta, formando extraña mezcla con principios que las destruyen ó las convierten en ilusorias; máximas generosas que tienden á fortificar el corazon contra sus propias debilidades, armas en extremo frágiles para el choque violento de las pasiones: y lo que mas denuncia, en fin, la impotencia de la antigua filosofía, la ausencia casi total del sentimiento religioso, el noble vuelo contenido

¹ *Tusculan*, l. I. cap. XXX.

por las cadenas de la duda, la esperanza reducida á vagas aspiraciones, y en una palabra, el olvido de Dios y la ignorancia de la vida futura. Hé aqui todo lo que hemos encontrado.

Y es preciso no olvidar que semejante filosofía, era tan solo el patrimonio de las almas superiores, de los espíritus privilegiados, por decirlo así: ¿qué quedaba pues á los otros? ¿qué freno tenían para sus pasiones? ¿qué consuelo en sus males? ¿con qué esfuerzo contaban sus virtudes vacilantes? ¿qué remedio podia ofrecerse á sus ojos enfermos y qué luz comunicarles? Ah! Nos parece escuchar el hondo gemido del profeta que ha visto *toda cabeza enferma y todo corazon afligido*.¹
 Aguardad, empero: que él anuncia para la salvacion de la humanidad, no un nuevo Sócrates, ni un Platon, sino un niño que nacerá de una Virgen y sabrá, ¡oh dulce y consoladora esperanza! *desechar lo malo y escoger lo bueno*.²

III.

Si el gran filósofo, cuya moral examinamos, se alzase hoy del sepulcro y se encontrase de improviso en el seno de nuestra sociedad, tan decaida por desgracia de su antigua fe, pero siempre cristiana en el fondo, ¿no sería para él un justo motivo de admiracion, al interrogar á la conciencia del pueblo, y escuchar el juicio que todos los hombres forman acerca de las acciones buenas ó malas en las circunstancias ordinarias de la vida, el descubrir en general y á traves de la confusion engen-

¹ *Isaias*. I. 5.

² *Idem* VII. 15.

drada por las pasiones, sentimientos de moralidad que no conocieron los hombres de su tiempo, que Roma ignoraba tanto como Atenas, y cuya existencia, apenas fué presentida ó sospechada por algunos espíritus ilustres y privilegiados que se nutrieron con las mas puras máximas de la filosofía? Si se hablase de Dios, de la alma humana, de su destino futuro, de las penas y recompensas de la otra vida, ¿no es verdad que de la boca de los humildes é ignorantes recibiría grandes lecciones? Y si despues de haberlas escuchado escribiese un nuevo libro de los deberes, ¿no es cierto que la moral natural apareceria como trasfigurada por los esplendentes reflejos de la moral cristiana?

Escuchad aún antiguas y dulces promesas: «*Acercaos á mí, oh indoctos, y congregaos en la casa de la enseñanza..... Abri mi boca y dije: compradla sin plata para vosotros..... El que es párvulo, venga á mí.*»¹

¿No es cierto, que la Sabiduría increada que se expresaba de esta suerte por la boca de Salomon, nos ha cumplido esas dulces y consoladoras promesas? Comparad el catecismo cristiano con el *Tratado de los Deberes*, y decidme, cuál de los dos es mas saludable á los hombres, y sobre todo, á los pobres, á los pequeños, á los desheredados de este mundo? ¿Cuál enseña mejor á conocer, á amar *esa ley inmaculada que eleva las almas hácia Dios*? De cuál de esas dos fuentes brotan mas virtudes verdaderas y generosas?

En esa plenitud de medios apetecibles y eficaces, tenemos la dicha de vivir, y cábenos en suerte, movernos en torno de ese foco de luz; sin que al gozar de todos

¹ Eccli. LI. 31, 33.—Prov. IX. 16.

esos bienes, pensemos, sin embargo, en remontarnos á su origen, porque hoy todo nos parece muy natural y no nos figuramos que alguna vez las cosas han pasado de otra manera, como el habitante de la India olvida voluntariamente que existe una region bajo el polo donde la avara tierra se ve cubierta de perpétuas nieves!

Hay hombres que, por una fria y calculada ingratitude, no quieren ver en el cristianismo mas que una obra del espíritu humano, una filosofía. ¡Singular filosofía, por cierto, que no sale de ninguna escuela filosófica; que forma un todo completo desde su origen; que impone los preceptos de su doctrina, sin dejar lugar á la discusion; que atraviesa inmutable el espacio de diez y ocho siglos, y que al cabo de ellos, encuéntrase como el primer dia de su nacimiento, al frente de todas las filosofías!

Otros juzgan que el cristianismo es una religion, ó, para valernos de su lenguaje, un *misticismo* que reconoce tambien un origen humano. A semejantes hombres incumbe en todo caso la tarea de explicarnos por qué ese *misticismo*, con una sabiduría que, segun ellos, debe ser un feliz é imprevisto hallazgo, confunde y desconcierta á todos los racionalismos antiguos y modernos.

Pero *misticismo* ó filosofía, el cristianismo es un hecho, el hecho que domina, segun todos confiesan, la historia entera de la humanidad; y es indudable que nunca pasará del mas incomprensible enigma para el espíritu que no quiere reconocer lo que es una revelacion de Dios, verdadera y auténtica, á la que toda inteligencia debe someterse, y ante la cual toda humana sabiduría es locura.

Su actitud en presencia de la filosofía, ha sido siem-

pre la de un maestro; siempre, y en todas partes, se ha comprendido que él no subsiste y se levanta sino por su propia fuerza, que en sí mismo lleva la regla que le dirige, con entera independencia de todos los sistemas; y que no espera para pronunciar sus juicios, á que la ciencia en su desarrollo, haya hecho por fin triunfar tal ó cual fórmula. A él solo le ha sido dado fijar anticipadamente por sus decisiones soberanas, ninguna de las cuales se ha revocado aún, las conclusiones á que la filosofía espiritualista no ha llegado sino despues de mil rodeos, y de los cuales no podria apartarse, sin verse bien pronto obligada á ocurrir á ellos de nuevo, sopena de quedar anonadada. Los hombres que de buena fe estudien este fenómeno y mediten en sus efectos asombrosos, no tardarán en confesarse vencidos y en reconocer las excelencias del cristianismo, si no es que su corazon se halle poseído de alguna pasion enemiga de Dios y de su ley, y ejerce en él mayor imperio que la verdad.

Aun cuando el cristianismo no hubiese prestado á la humanidad sino el único servicio de *desechar lo malo y escoger lo bueno*, de separar lo verdadero de lo falso, cuyas ideas confundió lastimosamente la antigüedad, la filosofía le seria siempre deudora de un reconocimiento eterno. Ahora bien: ¿hay quien se atreva á negar que el cristianismo ha prestado tan importante servicio? Ha ejercido, podria decirsenos, respecto de la antigüedad profana, una especie de eclecticismo; pero un eclecticismo soberano, exento de vacilaciones y de dudas, el eclecticismo de un grande artista que abarca en un conjunto admirable y á la primera ojeada, los fragmentos esparcidos de una obra cuyo secreto posee solo él. En tanto que en otras partes se consulta y se vacila, el cristia-

nismo, descansando con firmeza en la fe de Aquel que le enseña *toda verdad*,¹ reivindica esta verdad como suya donde quiera que la encuentra, ora sea en la escuela de los filósofos, ora en las ficciones de los poetas, ora en las fábulas de que se compone la incoherente y grosera teología de las naciones paganas. ¿Habeis visto alguna vez á dos rebaños confundidos pacer en la llanura, y al presentarse de improviso el pastor de uno de ellos, cuál acuden sus ovejas, y corren y se precipitan en pos de sus huellas? No de otra suerte, á la aparicion del cristianismo, las verdades se desprenden de aquella monstruosa mezcla de errores, con los cuales habian estado confundidas hasta entónces, y nadie pregunta por qué vienen á él, ni á quién pertenecen.

Para formarse una idea de esta energía propia del cristianismo, que separa el bien del mal y lo verdadero de lo falso, es preciso leer á los primeros apologistas, que sin mas regla que el Evangelio y la tradicion apostólica, sometieron al exámen de su fe todas las doctrinas filosóficas y religiosas de la antigüedad. ¡Qué valentía desde los primeros pasos! ¡qué firmeza y seguridad! No hallaréis allí esas dudas circunspectas, esas reservas prudentes que se emplean para poner á cubierto una autoridad cuya condicion falible se sabe de antemano. ¡Cuán diferente es este método del de Sócrates, y qué distancia tan inconmensurable hay desde el primer dia, de la Iglesia á la Academia!

Ved, con cuánta facilidad y sabiduría, San Justino, platónico convertido al cristianismo, analiza la filosofía de su antigua escuela, y ya manifiesta sus verdades, ya descubre los errores de Platon, cuyas doctrinas no adop-

¹ Joann. XVI. 13.

ta sino despues de haberlas encontrado en perfecto acuerdo con la palabra de Aquel á quien únicamente reconoce por maestro en lo de adelante, Jesucristo, que fué crucificado bajo el poder de Poncio Pilato. ¹

En la solemne profesion de fe que dirige al Senado romano, declara, que si tiene tanto valor para pasar por cristiano, consiste en que mira la doctrina de Platon, no como contraria á la de Jesucristo, sino como no del todo conforme; cuya circunstancia ve tambien en la de los estoicos, los poetas y los historiadores. Juzga que todos ellos han podido, ilustrados por la razon divina, que tenian como en gérmen, decir cosas admirables; mas por lo mismo que su ciencia era tan solo parcial, era preciso que combatiesen entre sí, y nunca supieron mantener los fueros de la verdad en su integridad y pureza. «Así es, afirma, que cuanto han dicho de bueno todos ellos juntos, nos pertenece á los cristianos, á nosotros los que adoramos al Verbo, ó á la razon divina.» ² En virtud de este principio, procede á la eleccion y separacion de las verdades que encierran los antiguos sistemas, y sin invocar mas título que la Santa Escritura, ó la palabra de Dios revelada á los hombres, reivindica ya la metafísica de Platon, ya la moral de los estoicos, ya esta ó aquella tradicion cubierta por los poetas con el velo de la fábula, haciendo entrar aquellas partículas de verdad, que parecen admiradas de hallarse juntas por la primera vez, en la grande y luminosa armonía del cristianismo.

¡Qué hermoso porvenir preparaba ese trabajo á la ra-

¹ Justin. Apol. 1.º, cap. VIII, XX, LIX.

² Id. Apol. II.º, cap. X.

zon moderna, y cuán noblemente inspirada se ve á la filosofía cuando muestra por él su reconocimiento!

Otro ejemplo interesante de ese eclecticismo cristiano debemos á San Ambrosio, autor de un *Tratado de los Deberes*, calcado sobre el de Ciceron. Al decir calcado, creo no expresar suficientemente el concepto; pues debe saberse que aquel gran Padre de la Iglesia adopta en su obra las mismas divisiones, la misma disposicion en el plan y su conjunto, á menudo las mismas definiciones de las virtudes y los vicios, y muy frecuentemente las mismas expresiones y aun la estructura y elegancia de la frase ciceroniana. Un benedictino ha tenido la paciencia de anotar los pasajes de Ciceron imitados por San Ambrosio, que en gran número se ven en casi todos los capitulos. ¹ Pues bien! A pesar de eso, San Ambrosio conserva una perfecta independendencia, y se muestra ménos esclavo de las opiniones de Ciceron, que éste de las de Platon ó de Crysippo. El doctor cristiano elige y desecha lo que cree digno de elegir ó desecharse en el filósofo gentil, y llega de esta suerte á componer una obra muy distinta en cuanto al fondo de la de Ciceron, sin dejar de aprovecharse de su forma para la suya.

Lo que separa profundamente la moral del Padre de la Iglesia de la de su predecesor, es la nocion justa del fin último, y la certidumbre de una vida futura en que la virtud recibe una corona inmortal y el vicio es castigado eternamente. De aquí, como una consecuencia inmediata, nace el desprecio de los bienes terrenos por un desprecio racional, acompañado de inefables esperan-

¹ Véase la edicion de las obras de San Ambrosio, por un benedictino de la congregacion de San Mauro: Paris, 1640, t. II.

zas y que no enerva ni destruye, como la apatía de los estoicos, los resortes del alma. Léjos de verse aniquilada ó comprimida la ambicion generosa del corazon humano, exáltase por el amor de un bien mas noble y digno de sus aspiraciones. Ciceron declaraba que no habia cosa mas apetecible que la virtud; y despues, por una singular contradiccion, consagraba un libro entero á la enseñanza de los medios para adquirir las riquezas, los honores y el poder. San Ambrosio, por el contrario, exhorta á sus discípulos á despreciar todo eso; pero al mismo tiempo les presenta la hermosa perspectiva de una felicidad sin fin. Ciceron, con toda la escuela estoica, decia: «*Feliz el justo;*» y su palabra, entendida á su manera, no pasaba de una paradoja. San Ambrosio va mas léjos, y dice con el Evangelio: «*Bienaventurados los que lloran;*» y esta segunda palabra subyuga con su poder y levanta un eco de victoria, porque solo ella viene de Aquel *que tiene las palabras de vida eterna*. La antigüedad, ¡ah! la antigüedad no conocia la vida eterna, y su mirada triste no podia contemplar lo que existia fuera de la oscura cárcel de la vida presente! ¹

Ciceron admitia, sin esfuerzo, lo absoluto como regla de lo honesto: mas cuando se trataba de lo útil, empeñábase en buscarle otra medida. Habria debido decir, que lo útil no existe sino en lo que nos acerca al Soberano bien; pero este soberano bien era para él desconocido. De ahí sus vacilaciones, su impotencia para demostrar que la felicidad se halla siempre en último análisis, al lado de la virtud. San Ambrosio no experimenta el mismo embarazo, porque busca en la eternidad

¹ Véase á San Ambrosio, *de officiis Ministrorum*, L. II, cap. I, II, III y IV.

la medida de una y otra. ¹ Y es preciso observar, que para poner en armonía estos dos términos, lo honesto y lo útil, débese colocar á ambos en la luz de la eternidad; de donde resulta que no solamente se destruye la verdadera nocion de la virtud, tomando por regla de los actos humanos lo que se circunscribe al tiempo, sea el interes ó el placer, sino tambien indirectamente suprimiendo la idea de la vida futura.

No es mi propósito difundirme acerca de ese nuevo *Tratado de los Deberes*, escrito por el Santo Arzobispo de Milan para instruccion de su clero. Advertiré tan solo, que si Dios estaba ausente de la obra de Ciceron, en el otro libro á que me refiero se siente, por el contrario, en todas partes su presencia, comparada por San Ambrosio, al calor del sol que penetra hasta en las entrañas de la tierra. ² ¡Y qué cristiana uncion en todas esas páginas! ¡Cuánto mas tierno que el de Régulo, no es el ejemplo de los mártires! ¿Se puede encontrar en Ciceron algo semejante á las palabras inflamadas del diácono Lorenzo, que pedia con instancia subir al cadalso para celebrar otro sacrificio en union del Santo Pontífice á quien solia acompañar en el altar? ³ La Sagrada Escritura le suministra por otra parte, rasgos hermosísimos que no

¹ "Nos autem nihil omnino nisi quod deceat et honestum sit, futurorum magis quam presentium metimur formula: nihilque utile nisi quod ad vitam illius æternæ prosit gratiam definimus non quod ad delectationem presentis." (De offic. l. I. cap. IX.)

² De offic. l. I, cap. XIV.

³ "Quo progredieris sine filio, pater; quo, sacerdos sancte, sine diacono properas tuo? Nunquam sacrificium sine ministro offerre consueveras. Quid in me ergo displicuit, pater? Num degenerem probasti? Experire certe utrum idoneum ministrum elegeris. Cui commissisti Dominici sanguinis consecrationem, cui con-summandorum, consortium sacramentorum huic sanguinis tui consortium negas?" (De offic. l. I. cap. XLI.) Estas hermosísimas palabras encuéntranse en el Breviario romano, el dia de la fiesta de San Lorenzo.

tienen equivalente en la antigüedad profana; bastaría hacer mencion de Job, de Lázaro y del óbolo de la viuda. En tanto que Ciceron explica sutilmente los medios que deben emplearse para *no hacer ingratos*, es decir, para sacar honra y provecho de un beneficio; San Ambrosio enseña, que no debemos publicar nuestras propias larguezas, por temor de recibir en este mundo su recompensa. Hay otra cosa todavía en extremo importante y consoladora que escapó á la mirada de Ciceron y que San Ambrosio no deja en olvido; es el cuidado del pobre vergonzante. Necesitábase, en verdad, de la sublime compasion de la caridad cristiana para ir en pos de esa miseria, tanto mas conmovedora cuanto que se oculta á los ojos de la piedad.

Hé aquí, cómo los Santos Padres acostumbraban servirse de la filosofia antigua. No la despreciaban, porque tenian en cuenta esa porcion de verdad que era su natural herencia; pero la sometian á la razon divina comunicada á los hombres por la revelacion; á esa razon visible en la persona del Hijo de Dios hecho hombre. Esto es á lo que llamaron tratar la filosofia como la servidora de la Teología.

Ni fué otro el comportamiento de los doctores de la Edad média. Santo Tomás, en la parte moral de su *Suma*, recurre sin cesar á los escritos filosóficos de Ciceron, y saca de ellos todo el partido posible; pero no olvida á los Padres de la Iglesia; y es fácil distinguir que ha tenido constantemente á la vista, no solo el *Tratado de los Deberes* de Ciceron, sino tambien el de San Ambrosio, que ha corregido al uno por el otro; y que ha coronado, en una palabra, el edificio de la humana filosofia, con los preceptos y consejos del Evangelio.

Si siguiésemos el curso de una misma idea moral desde la antigüedad profana hasta nuestras dias, viéndola desarrollarse y crecer bajo la fecunda influencia del cristianismo, no nos veriamos tentados de honrar la razon humana, con lo que evidentemente es obra de la divina sabiduría. Tomad, por ejemplo, á las virtudes cardinales. Perteneecen á la enseñanza popular de la moral cristiana, al catecismo. Y sin embargo, los filósofos de Grecia y Roma, Epicuro lo mismo que Platon y Ciceron, habian conocido y designado por sus nombres estas cuatro partes de lo honesto, la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza. Sí; pero cuántos errores habian mezclado en este conocimiento! Testigo Ciceron. San Ambrosio (y nótese que bien podriamos nombrar en su lugar á cualquier otro Padre de la Iglesia, como San Agustín y San Gregorio) se apodera de esas nociones que son el patrimonio de la humanidad, las engrandece, purifica y eleva á la altura del Evangelio. Hé aquí el trabajo propio del cristianismo: sacar la luz de las tinieblas y el orden del caos. La escolástica aplica á su vez á esos elementos, que desde luego ya nada tienen de pagano, el rigor de sus principios; los vacia, por decirlo así, en su molde, y de él salen cuatro tipos consagrados que han recibido en la Iglesia una especie de bautismo. La Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza cristiana! ¿Habeis visto esas nobles figuras esculpidas en la piedra y pintadas en los vidrios de las grandes ventanas de nuestras catedrales, por los piadosos artistas de la Edad média? ¿Cómo resplandecen con celeste claridad! Sus rostros graves y tranquilos, llenos de una dulce y serena majestad, traen á la memoria los de los mártires, de los confesores y las vírgenes. ¡Ah! no

son esas las virtudes de los Catones y los Régulos. Por lo comun, no se hallan solas, sino unidas á un grupo de virtudes de un órden superior, la Fe, la Esperanza y la Caridad, imágen de la moral natural sostenida y fortificada por la del Evangelio.

Desengañémonos: cuando los doctores del cristianismo copian á la antigua filosofía, no hacen mas que recoger el bien donde lo encuentran, porque toda verdad les ha sido revelada, y siempre la doctrina se purifica y perfecciona en sus manos. ¿Sucede otro tanto con la filosofía moderna al apropiarse las doctrinas del cristianismo? Hé aquí lo que vamos á examinar.

IV.

Julio Simon, es un racionalista, que con una moderacion suma de lenguaje, anuncia su determinacion formal de no dar un solo paso hácia el cristianismo. La religion y la moral naturales le bastan; y si bien pretende que haya respeto y tolerancia con las religiones positivas, es sin perjuicio del porvenir, que pertenece á la filosofía, segun asienta. Dirígense, pues, sus esfuerzos á formar del mejor modo posible una religion natural, tan completa como le es dable, con una moral correspondiente, honesta, dulce, tolerante, sin que carezca al mismo tiempo de cierto vigor moral que presenta con fiadamente á los verdaderos filósofos, sin dejar de confesar, empero, con una buena fe, que no podemos ménos que apreciar, que ella es todavía bajo mas de un aspecto, inferior á la moral cristiana.

Mas lo que distingue particularmente á Julio Simon de un gran número de adversarios de la revelacion, es, que abandona todas las viejas posiciones del racionalismo, que verdaderamente eran insostenibles en buena filosofía. No solamente reconoce que el mundo ha sido creado y que es preciso buscar lo infinito fuera de él, sino que su doctrina es casi irreprochable en lo que toca á los atributos de Dios, á la naturaleza del alma y al libre albedrío. Su metafísica, en una palabra, es sana. No hay en su libro errores gratuitos; descúbrense en él tan solo los que se consideran precisos para llevar á cabo, sin contradiccion manifiesta, el sistema de rechazar una religion revelada.

Hubo un tiempo en el que se pretendia para la razon, el derecho de *no creer cosa alguna sin comprenderla*; negábase la presciencia divina y la posibilidad de un cambio en el órden actual de la naturaleza, para rechazar desde luego *a priori* las profecias y los milagros. Hé aquí lo que pudiéramos llamar los lugares comunes del siglo XVIII, y que no han perdido aún toda su influencia en el presente. Pues bien: Julio Simon, abandona, si no es que á veces combate directamente, esos lugares comunes, esas excepciones alegadas por la incredulidad. Ciertamente es que va al mismo fin por otros caminos, sin pensarlo acaso, y arrastrado por la fuerza de las cosas, pero indudablemente no es ese su campo de batalla.

La falta de esas negaciones atrevidas á que nos habia acostumbrado el racionalismo, esa ortodoxia relativa, cierta efusion de sentimientos religiosos, cuya expresion parece algunas ocasiones tomada del cristianismo; todo esto, á pesar del autor, ha podido engañar